

## MICHEL FOUCAULT DIALOGA SOBRE EL PODER

Eleana Llosa\*

“Ha sido preciso esperar el siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero quizá todavía no sabemos qué es el poder. Marx y Freud quizá no bastan para ayudarnos a conocer eso tan enigmático, a la vez visible e invisible, presente y oculto, ocupado en todas partes que se llama el poder”. Está hablando Michel Foucault en la primera conversación que aparece en un libro publicado por Alianza Editorial: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (Madrid 1981). Todas aparecieron primero en revistas francesas en los 70.

El *poder* como problema teórico y como hecho constatable por doquier, es el principal tema conversado. Ligado al poder aparece el *saber*, la *verdad*, que también impregnan todo el libro: “se trata de comprender no cuál es el poder que pesa desde el exterior sobre la ciencia, sino qué efectos de poder circulan entre los enunciados científicos”.

Michel Foucault (la mayoría de los datos que siguen vienen de un reportaje que le hace el TIME, No. 46/nov. 81) nació en los veinte en una provincia francesa. Vivió su adolescencia bajo la ocupación nazi, durante la cual estudió psicología, sin embargo las prácticas le disgustaron: “me sentía muy cerca y no muy diferente de los internos”. Se dedicó entonces a la enseñanza de psicopatología. Después de la guerra militó en el PC francés un par de años, parece que no se sintió muy bien ahí adentro. Para él la experiencia de la ocupación había marcado a los jóvenes de su época con el sueño de un mundo diferente, así muchos adoptaron el marxismo, y Foucault también pero no llegó a satisfacerlo y se dedicó a buscar otros caminos por su cuenta.

Primero fue la locura, después el encierro carcelario, ahora la sexualidad. En algún momento se dio cuenta de que el elemento que estaba en toda su obra y que la conducía era la *pregunta sobre el poder*, aunque ella no apareciera formalmente desde el comienzo.

---

\* Estudiante del Area de Sociología de la PUC.

Ahora Foucault tiene cincuenta y tantos años. Enseña en París en el College de France. Vive en un departamento austero de paredes blancas, rodeado de libros; una planta de marihuana adorna la terraza. Es un tipo alto que mira penetrantemente. Tiene fama de filósofo que él niega llamándose a sí mismo historiador. Su homosexualidad es un rasgo fácilmente relacionable con su forma de ver el poder como algo presente y oculto al mismo tiempo. Lo que más llama la atención en sus fotografías es su cabeza perfectamente calva.

*Un diálogo sobre el poder* es el título de la primera parte del libro. Foucault conversa con otro filósofo francés, Gilles Deleuze. El poder es visto como algo que invade todas las relaciones sociales pero es difícil de definir; quizá su característica principal sería su capacidad para las totalizaciones, por lo tanto la forma de combatirlo surgiría no donde él es más evidente —en el Estado— sino en los grupos más o menos chicos que se organizan para resistir a los poderes parciales que les conciernen de cerca. Aquí el papel de la teoría no sería el de dirigir la lucha sino solamente el de servir como “caja de herramientas” que se renovarían constantemente ante la variación de las situaciones.

Luego viene un debate con dos maoístas: *Sobre la justicia popular*. La pregunta que da forma a este debate se refiere a la forma que debe asumir la justicia popular cuando el pueblo tiene la posibilidad de ejercerla; para ello intercalan ejemplos de Francia —Foucault— y de China —los maoístas—. Procuran así llegar a algún acuerdo pero no lo consiguen. Foucault define a todo tribunal como una instancia que se considera a sí misma como capaz de *neutralidad*, lo cual según su idea de verdad no se puede dar nunca. Los maoístas defienden la posibilidad de un tribunal popular, mientras que para Foucault incluso la forma de tribunal es un freno a la justicia realmente popular. En este debate el filósofo-historiador muestra también sus conclusiones acerca del origen del sistema penal. Este habría resultado de la necesidad de mantener al pueblo dividido como condición para el desenvolvimiento de un gobierno burgués; la cárcel sería sí uno de los medios creados para controlar a lo que él llama plebe no proletarizada.

En la tercera parte, *A propósito del encierro penitenciario*, Michel Foucault responde sobre la realidad carcelaria actual en Europa: la creciente psiquiatrización, que sería en cierta forma la confirmación de que hay un origen común entre delincuencia y locura porque ambas crean “desadaptados sociales” que deben ser curados. Por otro lado, señala también que la cárcel es un sistema de poder tanto como el de la fábrica, el cuartel, la escuela, etc.; en todos estos lugares hay poderes ejerciéndose contra grupos de gente impotente.

Sigue una entrevista que da una visión bastante completa de lo que se ha venido llamando *microfísica del poder*. En *Poderes y estrategias* Foucault

plantea a la microfísica —o microtécnica— del poder como una forma alternativa de pensar el poder; ya no como una estructura binaria y estable (dominantes/dominados) sino como una forma de relación entre grupos humanos que pueden ser clases sociales pero no sólo clases. El poder además es indesligable de la resistencia que siempre existe donde él está. A diferencia del marxismo piensa que la contradicción no es lo que define a la lucha de clases, sino sólo una de sus formas, por ello las luchas parciales no son para el entrevistado mero reformismo sino pasos efectivos para atacar al poder.

*Encierro, psiquiatría, prisión* es el nombre del siguiente diálogo, el más largo y ameno del libro. Participan, además de Foucault, David Cooper, Marie Odile Faye, Jean-Pierre Faye y Marine Zecca (inglés, franceses, italiana, respectivamente). Ellos están de acuerdo en casi todos los temas abordados, siendo lo central el problema de la *disidencia*. El delincuente, el loco, el perseguido político son disidentes porque se sitúan en un campo diferente al de los poderosos, piensan de modo diferente, tienen un discurso opuesto al del poder, poder que es intolerante con ellos; las mayorías que pueblan el Tercer Mundo serían también parte de esta disidencia. Para los dialogantes el problema no es que cada grupo de disidentes se enfrente al poder específico que lo oprime, el problema, el desafío, es que todos esos grupos logren construir algún programa común que se adopte como instrumento ideológico que sirva para analizar el poder y definirlo.

Foucault sin embargo se niega a hacer una propuesta, hacerla —dice— tendría efectos de dominación; hay que limitarse a dar instrumentos para el análisis y no crear nuevas ideologías —en el sentido estructuralista—. Pero esto no es muy fácil cuando hay que resolver problemas presentes reales, la violación por ejemplo: ¿cómo definirla? ¿castigarla? ¿cómo? En el diálogo los intelectuales reconocen que hasta entonces han criticado solamente, “no me parece una actitud justa”, dice Foucault.

La sexta parte es un diálogo con Mauro Fontana. Al comienzo el entrevistado hace un recuento de su propia trayectoria concluyendo que desde sus primeros escritos lo que ha hecho ha sido cuestionar la dualidad ciencia/ideología, y sólo últimamente se ha percatado de que este cuestionamiento estaba inmerso en la concepción de poder que él elaboró después. La ciencia es producto de un tipo de “verdad”: “Por ‘verdad’ entender un conjunto de procedimientos regulados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados”; cada régimen político tiene su “verdad” y ella es una especie de biombo para el poder. Por esto Foucault da vuelta a la forma en que se ha venido haciendo *ciencia objetiva*: deja de preguntarse por lo estructural, lo continuo, y se pregunta por el *acontecimiento*. Y el acontecimiento se manifiesta en la historia con diferen-

tes valores, magnitudes, alcances; como algo que demuestra la existencia de la *discontinuidad* (por oposición a la *continuidad* en la teoría estructuralista). El intelectual debe dedicarse a cierto tipo de acontecimientos y no pretender llegar a una verdad universal; así se puede alcanzar un nuevo tipo de pensador: el *intelectual específico* que desde un tema particular puede mantener una lucha política especialmente como *mediador* ante las masas.

El último libro de Foucault —el primer tomo de *Historia de la sexualidad*— suscita la última entrevista: *No al sexo rey*. El autor advierte allí que su libro no es una crónica de comportamientos sexuales; lo que él quiere más bien es “seguir un hilo mucho más tenue: el que, a lo largo de tantos siglos, ha vinculado en nuestras sociedades al sexo con la búsqueda de verdad”. El discurso que se ha creado en torno al sexo ha contribuido a prohibirlo pero al mismo tiempo también a incitarlo. Tal conclusión le impide ver con tranquilidad a los movimientos de liberación sexual, ellos caen en una trampa cuando se quedan en la reivindicación sexual, para evitar caer en ella deben desbordarla preguntándose por el régimen de verdad —y por lo tanto de poder— que ha creado esa prohibición-incitación que adorna al sexo. El entrevistador pregunta a Foucault si su manera de ver el poder sería una forma de *naturalismo*, de pensar que “bajo los adoquines se esconde siempre una playa”, a esto el filósofo-historiador responde que no, pero que hay que ponerse del “lado bueno” para así disolver la falsa idea de que existen dos lados y de que el lado natural sería el bueno.

*Donde hay poder hay resistencia.* Foucault piensa que para los intelectuales ha llegado el momento de ponerse del lado de la resistencia, de la disidencia. El intelectual ya no debe ser el que predice lo que hay que hacer; debe ser sólo el que señala los puntos débiles, las aperturas, “y no sabe a ciencia cierta dónde estará ni qué pensará mañana”.

El psicólogo Michel Foucault no estuvo nunca muy contento con su objeto de estudio —el loco—, para explicitar sus discrepancias con la psicología y con la psiquiatría escribió su *Historia de la locura* (1961); dos años después hizo algo semejante con la medicina publicando *Nacimiento de la clínica*. Después dejó un poco de lado esos temas para dedicarse a hacer un tipo de teoría-historia más amplia, que sigue sin embargo las pautas de sus primeros libros. En 1966 publica *Las palabras y las cosas*, en 1969 *Arqueología del saber*. Aquí ya está formado lo que se ha llamado su *método arqueológico*, mediante el cual el autor pretende descubrir cómo se ha formado el pensamiento occidental actual. Entonces emerge su modo de entender la historia en relación al concepto de *poder* (con decisiva influencia nietzscheana). Publica entonces *Vigilar y castigar* (1975), un análisis del sistema carcelario, y *La voluntad de saber* (1976), primer tomo de su historia de la sexualidad.

Todos estos libros, sus artículos y conferencias han hecho de Foucault uno de los pensadores franceses más originales de las últimas décadas. Y uno de los más leídos —o por lo menos comentados— en Europa y USA. Pareciera que su éxito no viene tanto de su rigurosidad en la investigación sino de su forma de organizar históricamente la visión del mundo, de la razón, del hombre, que hay en occidente. El psicólogo se ha convertido así en filósofo y en historiador (que es como a él le gusta llamarse), también en ideólogo (aunque a él no le guste el adjetivo).

Las conversaciones reunidas en *Un diálogo sobre el poder* corresponden todas a este Foucault obsesionado por una nueva comprensión del poder, de los lazos invisibles que lo atan a la posesión del saber, de la verdad; obsesionado en dar forma y color a esos lazos a través de la negación de la dicotomía ciencia/ideología; obsesionado en destruirlos no sólo haciéndolos evidentes sino ayudando a dar los instrumentos útiles para su destrucción.

Obsesionado, sí. Y él mismo lo admitiría: “Si yo desearía ser un historiador en el sentido actual de la palabra eso no sería difícil. Pero sería mejor preguntar por qué he hecho lo que he hecho. Este problema de encerrar a las mentes enfermas, ¿lo mencionaron los historiadores? No, era necesario que un ‘marica’ tuviera la mala idea de introducir preguntas a la vez personales y políticas” (en el TIME citado). Puede decirse que todo intelectual vive obsesionado con los temas que estudia, lo bueno es que Foucault lo admite y no cree que la pasión surja solamente del tiempo y del país en que se vive sino también de lo inmediato de su vida personal.

“La teoría del Estado, el análisis tradicional de los aparatos de Estado, no agotan sin duda el campo de ejercicio y funcionamiento del poder. Actualmente éste es el gran desconocido” y tampoco se sabe “hasta dónde se ejerce el poder, mediante qué relevos y hasta qué instancias, a menudo ínfimas, de jerarquía, control, vigilancia, prohibiciones, coacciones”. Iluminar estas oscuridades es denunciar al poder y eso, dice Foucault, se hace desde cada lucha localizada, desde cada núcleo de resistencia. Lo que no queda claro sin embargo es cómo acabar con ese poder que como un dios estaría por todas partes: es necesario relacionar los movimientos parciales pero, ¿cómo?

Admitiendo que no sólo en el Estado se concentra poder y que el Estado no es el origen del poder —sino que algo así como la *división del trabajo* es lo que permite explicar estos problemas— queda sin embargo fuera del análisis foucaultiano la forma en que hay que enfrentar al Estado, porque él sigue siendo *la institución* por excelencia, aunque sea sólo formalmente. Y para luchar contra él son necesarios vínculos entre los movimientos grupales autónomos. El historiador no habla jamás de un *partido* o algo parecido.

Dar una alternativa, dar pautas para ella —“herramientas”— debería

ser una de las ocupaciones fundamentales para un historiador nuevo como él pretende ser, un historiador que *estudia el pasado para cambiar el presente*. “Finalmente estoy un poco irritado con una actitud que ha sido la mía durante largo tiempo y que ya no suscribo, que consiste en decir: para nosotros, nuestro problema es denunciar y criticar; (...) No me parece una actitud justa”, dice al terminar el diálogo con los intelectuales al referirse a sus actividades en los Grupos de Información sobre Prisiones y su colaboración en la legislación francesa sobre sexualidad. Estas son formas de la actividad *política* que puede tener un intelectual; me parece que hay otra a la que Foucault —y muchos otros— no entra por temor a caer en el totalitarismo propio del poder: es la necesidad de construir un bloque anti-poder que incorpore a los movimientos sociales que se generan todo el tiempo en cualquier parte de la sociedad.

Si bien Michel Foucault no construye la alternativa ni se incluye en ninguna de las realmente existentes, esto no puede ser un pretexto para dejar de leerlo. Encuentro tres *justificaciones* para la lectura de sus libros —en un país como el Perú, por intelectuales como los peruanos—: el mencionado aporte al estudio de la historia desde el poder; su influencia en el movimiento intelectual progresista europeo y norteamericano; y, la ¿coincidencia? de sus planteamientos —que por cierto no son sólo suyos— con la forma en que han venido ocurriendo las luchas sociales en Europa y fuera de ella en los últimos años.

La primera justificación ha sido más o menos expuesta en las páginas antecedentes.

La segunda puede ser rebatida aduciendo que cada realidad produce los intelectuales que necesita y que, en todo caso, primero hay que conocer bien a los “clásicos”. Pienso por el contrario que debemos tratar de estudiar a esos extranjeros, no para *adaptarlos* a nuestra realidad sino para carcomer el provincianismo y para aprender a admitir que los dioses que nos hemos construido son tan humanos como cualquiera, que ellos también se equivocan o que, por lo menos, su época también pasa.

Desde el marxismo se puede decir que Foucault “no es marxista”, y muchos lo *acusan* de estructuralista porque formula gran parte de sus ideas en función del tipo de discursos que se ha elaborado a lo largo de la historia. El niega serlo (“no veo quién pueda ser más antiestructuralista que yo”). No creo sin embargo que ése sea un problema: el *ismo* al que pertenece. Lo que hay que buscar en gente como Foucault es la capacidad para reformular con originalidad e imaginación —aunque a veces con un lenguaje para iniciados que es molesto— los temas que hace mucho se estudian; la capacidad para no ser discípulo obediente de *los* maestros sino indisciplinado seguidor de

maestros provisionales.

La justificación que para muchos daría validez a la lectura de Foucault es su simultaneidad con el tipo de movimientos sociales que ocurren en muchos sitios en las últimas décadas, movimientos que se niegan a ser incorporados o dirigidos por un partido, por una *institución totalizadora*. Foucault señala los acontecimientos de mayo del 68 como el momento clave en que se produce este cambio; lo que él anhela es ayudar a entenderlos, a fomentarlos, darles herramientas.